

## 9. *Oscuridad*

*Noches sin ver, tu figura en la pared*

*Esperando el llamado, que no escucharé*

*Solitario es mi destino, tenebroso y más que frío*

*Siento que no estás conmigo, no lo puedo remediar*

*Juan Pablo Markulin – Javi López, 1989*

*Sábado 3 de Diciembre de 2011, 0:33*

Laura estaba tranquila, porque en esta oportunidad no había recibido ningún indicio de la luz roja. De todas formas, no tenía intención de acostarse hasta que Juan volviera. Levantó las cosas de la mesa mientras oía a los chicos jugando en la habitación. Aprovechó para ordenar la cocina y se recostó en el sofá. Intentando concentrarse en un libro, aunque lo consiguió a medias. Un rato después, los chicos dejaron de hacer ruido y se levantó para ver en que andaban. Santiago se había dormido y Sofía estaba mirando la tele. Le hizo a su hija una seña deslizando el párpado inferior hacia abajo que ella ya sabía que significaba: que no se acostara tarde. Volvió al libro y, un par de páginas más adelante, empezó a cabecear. Intentó vencer el sueño un par de veces, pero el cansancio y la placidez del sofá fueron más fuertes.

Se despertó sobresaltada y con la sensación de haber dormido mucho tiempo. Levantó la vista hacia el reloj: tres y veinte.

Esta vez fue como cuando se escucha venir el granizo desde lejos antes de que golpee en la propia casa. Primero fue un ruido sordo, luego percibió una vibración y, al final, la punzada le dio de lleno en el centro de la cabeza y fue peor que nunca. Una gran luz roja estaba ahí y había llegado con una fuerza inusual. Caminó por living de un lado a otro, sin saber qué hacer. Sentía la cabeza abombada, llena de calor, y no podía pensar con claridad. Fue al baño y, sin dudar, metió la cabeza debajo de la ducha. La sensación de abombamiento pareció remitir. Se secó y volvió al comedor.

Había algo que estaba claro. Otras veces, cuando había una situación de riesgo, la luz roja le iba advirtiendo de a poco. Y ahora se había encendido de golpe. Eso podía querer decir una sola cosa: que en un principio todo iba bien, pero después hubo un percance, algo inesperado, incluso para la luz roja. Y a juzgar por la intensidad de la luz, era algo grave. Pero, ¿qué podía hacer?

Empezó por llamar al teléfono de Juan y recibió un: «el teléfono se encuentra apagado o fuera del área de cobertura»

Eso no quería decir nada, porque en el área en donde debían estar, no solía haber señal. Llamó a Eduardo. Escuchó como el teléfono sonaba y sonaba hasta que atendió el contestador. Cortó y volvió a intentarlo. Lo intentó una tercera vez sin conseguir nada. Fue a buscar la agenda y la abrió en la «r»: Reynini, Alberto. Tuvo que marcar el número dos veces porque los dedos la traicionaban. La línea tardó en responder, pero al final se oyó el tono de llamada. Sonó una vez... dos veces...

—¿Hola? —la atendió una voz ronca.

—¿Alberto? —preguntó, dudosa.

—Sí, ¿quién sos?

No era ni la voz, ni el tono de Alberto.

—¿Quién habla? —preguntó endureciendo la voz—. Deme con Alberto

—¡Alberto no atiende más! —dijo la voz y oyó una carcajada espantosa que le hizo separar el oído del aparato.

Al volver a acercar el teléfono a la oreja, la comunicación se había cortado. Se quedó petrificada.

Cuando pudo volver a moverse, buscó en la agenda el número de la chica. Por «Sara» no estaba y no recordaba el apellido. Se pasó un rato revisando las llamadas recientes, pero no encontró el número. Siempre había pensado que cuando había una emergencia había que actuar en el momento, que esperar no servía para nada, pero el próximo paso que tenía que dar era uno que detestaba: tenía que ir a hacer la denuncia a la policía.

Volvió a mirar la hora. Ya eran las cuatro menos diez. No quería salir sola y pensó en buscar a alguien para que la acompañara. Eso le fastidiaba porque significaba que tendría que contarle a esa persona al menos parte de lo que había sucedido. Pronto llegó a la conclusión de que sólo había una persona que sería discreta y preguntaría sólo lo indispensable: Bárbara. Hacía al menos tres años que no sabía de ella, pero tenía que intentarlo.

A pesar de la hora intempestiva, su amiga respondió al primer tono de llamada. Bárbara se mostró alarmada, pero de inmediato se puso a su disposición. Quedaron en que llevaría los chicos a la casa de la abuela —más explicaciones para dar—, y que luego pasaría a buscarla. También tenía que decirles algo a los chicos. Pensó que inventar mentiras enredaría las cosas y no los salvaría de nada, así que los despertó y les contó lo que pasaba. En ese momento sonó el teléfono.

—¿Lau? —era la voz de Bárbara.

—Sí.

—Mirá, cuando yo me levanté, Robert y los chicos se despertaron.

Laura se imaginó lo que se venía y se adelantó.

—Está bien Barbi, no te preocupes. Yo puedo arreglarme sola.

—¡No, no! ¡Qué decís! Te iba a decir que no lleves a los chicos a lo de tu mamá, la vas a preocupar al pedo. Traélos y dejalos acá jugando con los míos que están despiertos y ni pinta tienen de querer dormirse.

—Dale, gracias. Estoy saliendo para allá.

### *Sábado 3 de Diciembre, 5:16*

Alberto había recuperado la conciencia casi de inmediato después del golpe, pero había fingido seguir en *shock*, una artimaña que solía ser provechosa. Lo arrastraron por el pasillo circular y por un túnel más oscuro que no supo distinguir cuál era. Abrieron una puerta, lo arrojaron allí dentro y cerraron. Le dio un vuelco el corazón cuando se dio cuenta de que no habían dejado a Sara con él. Había sido un verdadero idiota trayendo a Sara. También había sido un error haber involucrado a Juan y Eduardo. Tendría que haber venido solo, pero ya no valía de nada lamentarse. Tenía que salir de allí y rescatar a Sara.

Por debajo de la puerta se filtraba una leve penumbra que le permitía ver que el lugar en el que se encontraba era una habitación pequeña sin ninguna ventana ni rejilla de ventilación. Se levantó y fue hacia la puerta. La estudió con detenimiento. Era antigua, de hierro y no se le veía cerradura ni agujero para la llave. Con seguridad tendría un pasador o un candado puesto por afuera. Muy malo. No podía ser peor. Era imposible de abrir.

Más por bronca que porque pensara que así podía lograr algo, le dio una fuerte patada a la puerta. Agarró un tronco que había en el suelo y se abalanzó contra la puerta.

—¡Eh! —gritó manteniendo el tronco en alto por si a alguien se le ocurría abrir—. ¡Abran! ¡Tengo que hablar con el jefe! ¿Me escuchan? ¡Tengo que decirle algo importante sobre la máquina que convierte la resina!

Golpeó y gritó durante un rato, pero nadie acudió. Apoyó el oído contra la puerta. Poco y nada se oía. Sólo una conversación lejana que no llegaba a entender. Se sentó en el suelo.

La había cagado.

### *Sábado 3 de Diciembre, 5:41*

Lo primero que hizo Laura al llegar a la casa de Bárbara fue averiguar a qué comisaria pertenecía el Parque Pereyra. Descubrió que la parte del parque que está al oeste del Camino Centenario, pertenecía a la comisaria tercera de la localidad de Gutiérrez, pero que la zona de bosque donde se suponía que había ido Juan, pertenecía a la comisaría cuarta de la localidad de Hudson. Al salir de la casa de Bárbara ya había amanecido. La luz diurna le hizo tomar consciencia de la cantidad de horas que habían pasado desde que Juan se había ido. Por suerte, resultó que en la comisaría había poca gente. El policía que les tomó la denuncia era joven y escribía sobre el teclado con rapidez.

—Me dijo que su marido desapareció ayer —afirmó el policía mientras comenzaba a escribir.

—Sí, así es.

—¿Y supone que fue a andar en bici al parque Pereyra?

—Sí, en concreto a la zona que está detrás de la escuela de policía.

—Ajá. ¿Fueron en auto y luego bajaron las bicis o salieron en bici desde Quilmes?

—Fueron en auto.

—¿Y sabe en dónde dejaron estacionado el auto?

—No, no lo sé exactamente.

—Dígame la marca, modelo, color y número de patente del auto de su marido.

—Fueron en el auto de Eduardo Spinetti. Es un Fiat Duna color rojo del año noventa y dos. No sé el número de patente, intentaré averiguarlo.

—Bien, consígalo y mándemelo. También necesito que me dé el número de celular de su marido y el del amigo que lo acompañaba, así podremos triangularlos en caso de que alguno de los teléfonos esté activo.

—El celular de mi marido siempre me dio apagado, pero el de Eduardo llama hasta que atiende el contestador.

—Si está encendido vamos a poder localizarlo. Ahora mismo voy a mandar una patrulla a recorrer la zona de la estación y las quintas, y también daré aviso a la escuela de policía, siempre que hay algún hecho en la zona les avisamos porque ellos son los que mejor conocen el bosque, además tienen caballos y pueden recorrer los senderos.

Laura no estaba de acuerdo con lo último porque sabía a ciencia cierta que era probable que en la escuela de policía fueran cómplices de lo que sucedía debajo, pero como no podía decirle nada de eso al policía, sólo asintió y anotó en un papel los números de teléfono.

El policía tomó el papel y empezó a pasar los números a la computadora.

—Intente comunicarse con familiares del amigo de su esposo y, si los encuentra, que vengan a hacer ellos la denuncia también, así podemos buscar de forma oficial a Eduardo Spinetti. Ahora vamos a hacer un rastrillaje y, cuando tengamos alguna novedad, la llamamos.

Al salir de la comisaría, Laura se sentía un poco aliviada. El oficial que la había atendido parecía eficiente. Pero mientras la policía buscaba, no pensaba quedarse de brazos cruzados.

—¿Barbi? ¿Me acompañarías al parque Pereyra? No voy a poder estar sin hacer nada.

—Te acompaño a donde sea, Lau, pero primero tenés que contarme todo de principio a fin.

—Sí, te voy a contar, así me ayudás a pensar mejor lo que tengo que hacer, pero mirá que es una historia muy larga.

—Me muero de curiosidad.

Subieron al auto y Laura comenzó a hablar mientras conducía hacia el parque Pereyra. Entró por la entrada principal y avanzó por la calle bordeada de grandes pinos. El sol de las siete de la mañana se colaba entre las copas de los árboles produciendo un bello efecto lumínico.

Por un momento se olvidó de todo, hasta de que Juan estaba perdido. Al llegar frente a la casona de la antigua estancia Santa Rosa, se detuvo a un costado del camino. Era uno de esos extraños instantes de la vida en el que sabía con certeza lo que quería hacer. Bajó del auto, caminó diez metros y se dejó caer de espaldas en la hierba mojada por el rocío. Un cielo azul infinito ocupó todo su ser por un instante. Quiso más y ladeo la cabeza para ver las copas de los árboles, luego se incorporó un poco y aparecieron en su campo visual la casona y la cara de Barbie con una mano extendida.

—Levantate que te vas a enfermar. El pasto está mojado.

—Dejame un ratito.

—Dale, arriba —insistió Bárbara.

Laura aceptó la mano. Una vez de pie, abrazó a su amiga y la hizo dar varias vueltas mientras el paisaje giraba a su alrededor.

—¿Estás bien? —le preguntó Bárbara.

—No, sin Juan nunca podría estar bien, pero hacía mucho que quería hacer esto.

—¿Qué cosa? ¿Tirarte en el pasto o abrazarme?

—Abrazarte, tonta.

Laura retomó el relato mientras daban un paseo sin alejarse demasiado del auto. Mientras tanto, entraban personas en la casona. Allí funcionaba la dirección de asuntos agrarios de la provincia de Buenos Aires. Laura fue viendo como el rostro de Bárbara pasaba de la curiosidad al asombro, luego a la incredulidad y, al final, a una mezcla de las tres cosas. Cuando terminó se quedaron mirándose en silencio.

—¿Me creés? —preguntó Laura.

—A vos te creo, pero me tenés que conceder que algunas partes de la historia necesitarían alguna comprobación. Igual me parece que no tiene sentido discutir que partes de lo que me contaste son reales o no. La prioridad es encontrar a Juan y después tendremos tiempo para charlar del resto. ¿No?

—Sí, seguro. Gracias, Barbi.

—Mientras vos hablabas yo pensaba.

—¿Sí? Para eso te traje. ¿Y qué pensaste?

—Que lo primero que tendríamos que chequear es la computadora de Juan. No es por desconfiar, pero quizás haya algo que no te contó. Dadas las circunstancias, cualquier detalle podría ayudarnos. También tendríamos que buscar más datos de sus amigos, en particular de esa chica, Sara, de la que ni siquiera tenemos el teléfono. Podría ser que ella esté lo más tranquila en su casa o, por el contrario, que sus familiares la estén buscando y nosotros ni nos enteramos.

—Es cierto. En la computadora puede haber algo. De hecho, Eduardo hizo un mapa de los túneles y eso está en la computadora. Por otra parte, este parque y, sobre todo, la zona del bosque, son demasiado grandes para buscar sin ton ni son.

Laura se quedó pensativa un momento.

—Sólo quiero ir a ver un lugar y luego volvemos a casa para ver la computadora de Juan. ¿Te parece?

—Sí, dale. Vamos.

Regresaron al auto y avanzaron por el camino circular que está frente a la casona. Cuando habían dado ya media vuelta al círculo giraron a la derecha por el



camino de los plátanos. Lo recorrieron en toda su extensión, y continuaron por un camino paralelo al Camino Centenario que las dejó en el puente sobre el arroyo, dónde comenzaba el sendero por el que suponía que Juan se había internado en el bosque.

Bajaron del auto y llevó a Bárbara por debajo del puente hasta el inicio del sendero. Había muchas huellas de pisadas y de bicicletas que iban y venían, por lo que no se podía sacar nada en claro. Laura sabía que Juan y Eduardo habían ido a lanzar pirotecnia en los respiraderos, pero no sabía en cuáles, y no tenía sentido internarse en el bosque porque había cientos de respiraderos. Para hacer una búsqueda más o menos coherente necesitaba el mapa. Tenía razón Barbi: lo más lógico era mirar en la computadora primero.

Laura intentó imaginarse en dónde podrían haber dejado el auto de Eduardo, pero también había innumerables huellas marcadas en el barro y no encontró nada que pudiera orientarla. Sacó el teléfono. Allí había buena señal. Volvió a probar el teléfono de Juan y le volvió a dar apagado o fuera de cobertura.

—¿Volvemos? —preguntó Bárbara—. Tendríamos que ir a chequear el teléfono fijo de tu casa. Hace ya más de cuatro horas que saliste. Podría haber llamado Juan u otra persona. También podrían haber llamado de la comisaría.

—Sí, tenés razón. Alguien tendría que quedarse en casa por si llaman por teléfono. Vamos para allá.

### *En algún momento del sábado 3 de Diciembre*

Juan soñaba, pero esta vez no había extraterrestres, bosques, ni chica de pelo negro. Estaba acostado en su cama y hacía mucho calor. Encendía el ventilador de techo, pero este empezaba a balancearse amenazando con una inminente caída y tenía que

apagarlo. Estaba desnudo y, aun así, el calor era insoportable. El aire estaba tan denso que casi no podía respirar. Cuando ya casi no aguantaba más, apareció Laura llevando una jarra de agua rebosante de hielo. Juan quería agarrar la jarra y llevársela a la boca, pero Laura no lo dejaba. Entonces ella introdujo su mano en el agua y comenzó a pasarle la mano mojada por la frente y la cabeza. Era muy refrescante. Ella siguió haciendo eso durante un tiempo y él sentía que revivía.

—Quiero tomar agua —le dijo a Laura.

—Gracias a Dios, Juan. Estás despierto.

—Sí, dame agua.

Laura le acercó la jarra a la boca y bebió. Casi de inmediato, empezó a sentir que partes de su cuerpo que habían sido desactivadas volvían a funcionar. Entonces, se dio cuenta de que estaba soñando y se despertó.

Abrió los ojos, pero algo estaba mal. Estaba a oscuras por completo. Sin embargo, aún sentía las manos de Laura sosteniéndole la cabeza. Movié un brazo y tocó esas manos.

—Laura. ¿Qué pasa?

Entonces se encendió una luz y apareció un rostro que no era el de Laura.

—Juan, soy yo... Sara. ¿Cómo te sientes?

—¿Sara? ¿Qué pasó? ¿Por qué estamos a oscuras?

—Estamos encerrados, Juan, en alguna parte del complejo del Árbol de cristal. Estás herido en la cara y en la cabeza. El corte de la cabeza es profundo. He revisado el resto del cuerpo y creo que no tienes nada más. ¿Te duele algo?

A Juan le costaba hilvanar los pensamientos.

—Siento la cabeza pesada, y me duele un poco.

—El corte de la cabeza te sangraba mucho cuando te trajeron, pero ahora, casi nada. Por suerte, me han traído agua y he podido lavarte. Ellos no saben que tengo la linterna. Me han quitado el móvil, pero no se han dado cuenta que tenía la

linterna metida en la manga. Ahora voy a apagarla para conservar la batería todo lo posible. ¿De acuerdo?

—Sí. ¿Vos estás bien?

—Sólo tengo un raspón en la cara. Me caí cuando iba corriendo con Alberto antes que nos atraparan.

—¿Y Alberto?

—No lo sé. Lo han llevado a otro sitio. Al principio, pensé que lo estarían interrogando y que luego lo traerían, pero ya ha pasado demasiado tiempo. No sé cuánto tiempo ha pasado desde que nos capturaron. Calculo que al menos deben ser seis horas.

Juan se tocó la muñeca izquierda.

—Yo todavía tengo el reloj puesto, pero no tiene luz, es de agujas.

Sara volvió a encender la linterna y ambos se inclinaron sobre el reloj.

—Siete y cuarenta y cinco —dijo Juan—. ¡Casi ocho horas! Estuve inconsciente ocho horas.

—Acá te trajeron unas dos horas después de que me dejaran a mí. ¿Dónde está Eduardo?

Juan sintió que había una laguna en su mente. Lo última imagen que se le aparecía era estar en el auto con Eduardo. Recordaba esa escena como si hubiera ocurrido el mes anterior.

—No sé dónde está Eduardo, y no tengo idea cómo terminé acá —dijo—. Íbamos en el auto y nos perseguían dos patrulleros, después los perdimos y volvíamos tranquilos a casa. No entiendo qué pasó después.

—Es espantoso no saber si Eduardo y Alberto están bien. Menos mal que te trajeron conmigo, no sé que hubiera hecho sola en la oscuridad. Quizás hayan llevado a Eduardo con Alberto.

—Ojalá así fuera.

Juan empezó a recordar lo que estaban haciendo la noche anterior.

—¿Qué pasó con la procesadora de resina? —preguntó—. ¿La vieron? ¿Pudieron hacer algo?

—La vimos, y la hemos hecho funcionar. Pero entonces llegó Green y nos atrapó. Y se quedó con el cilindro rosa. Como nosotros intuíamos, el cilindro es la llave para hacer funcionar la máquina. Cometimos un gran error. No sé por qué fuimos tan ingenuos.

—Me parece que nos entusiasmos demasiado. ¿Por qué nos tienen a oscuras?

—No lo sé. Esto no es una celda ni nada por el estilo.

Sara volvió a encender la linterna e iluminó alrededor. El lugar era enorme. Tendría diez o doce metros de ancho, pero no se llegaba a ver cuán largo era. Había grandes pilas de leña amontonadas en varias hileras y a la derecha había una especie de perchero de donde colgaban una veintena de monturas de caballo.

—¿Recorriste el lugar? —preguntó Juan.

—Más o menos, tiene muchos recovecos. ¿Quieres que lo exploremos?

—Sí, lo prefiero antes que estar aquí sentados.

Al levantarse, Juan sintió una punzada de dolor en la pierna izquierda. Sara lo tomó del brazo y caminaron hacia el fondo. Entre los montones de leña había pilas de bolsas de arpillera. Juan se acercó a una ellas para inspeccionar su contenido. Al intentar abrirla, la bolsa se rompió por completo derramando un polvo de color gris, que era lo único que había sobrevivido del producto que alguna vez había estado en su interior. Se encontraron con una gran muralla de leña que les impedía el paso. Había hecho más de treinta metros desde la puerta hasta la muralla de leña. Fueron hacia la izquierda hasta que llegaron a una pared y luego hacia la derecha hasta encontrarse con otro muro. La pila de leña cubría todo el ancho del lugar y era infranqueable. Parecía que la leña estaba apoyada contra la pared del fondo, pero la pared en sí misma no se llegaba a ver en ningún punto.

—¿Revisaste bien las paredes laterales para saber si hay alguna otra puerta? —preguntó Juan.

—No. ¿Lo hacemos?

—Sí, vamos.

La tarea no resultaba del todo sencilla. La dificultad radicaba en que había pilas de objetos en desuso amontonados contra las paredes, los cuales podían ocultar alguna posible salida. Pasaron un largo rato moviendo cosas sin hallar nada. Sara enfocó con la linterna hacia el techo y comenzó a recorrerlo metódicamente en busca de alguna trampilla o tapa que condujera a un nivel superior.

—El techo parece de hormigón, no tiene roturas ni raíces como a veces se ve en los túneles.

Se oyó que descorrían el pasador de la puerta. Sara apagó la linterna y la escondió en un rincón.

Entró un hombre y dejó en el suelo dos platos con comida y una jarra de agua. Luego salió dando un portazo.

—¿Podés volver a encender la linterna para ver qué hora es? —preguntó Juan.

Sara enfocó la linterna hacia el reloj de Juan.

—Diez y veinte de la mañana. Laura debe de estar muy preocupada.

—Y Sonia también... Juan, tengo mucho miedo.

—Yo no. Estoy cagado en las patas no más. Pero mirale el lado positivo, por lo menos no piensan matarnos de hambre. ¿Qué te parece si probamos que nos trajeron?

Juan tanteó el plato y lo levantó. Estaba caliente y olía bien. No les habían traído tenedores. Así que agarró con la mano lo que había en el plato y se lo llevó a la boca. Eran fideos con salsa de tomate. No estaban mal.

—Comé, puede que lo necesitemos.

—Lo haré. No vaya a ser que no vuelvan a traernos nada.

*Sábado 3 de Diciembre, 12:45*

Laura y Bárbara exploraron la computadora de Juan en busca de información. Encontraron varias cosas útiles. En primer lugar, en la agenda del programa de correo electrónico, apareció el número de celular de Sara, aunque no les sirvió de mucho porque también daba apagado o fuera del área de cobertura. Además, encontraron allí los números de teléfono de la casa y del estudio de Alberto.

Laura llamó a la casa de Alberto y no contestó nadie, pero en el estudio tuvo mejor suerte.

—¿Diga?

—Buenas tardes. Estoy buscando al señor Alberto Reynini.

—Él no se encuentra. ¿Quién lo busca?

—Mi nombre es Laura. Soy la esposa de Juan Fernández.

—¡Ah sí! Yo soy Rodolfo Constantini, el socio de Alberto. Qué suerte que llamó, llevo horas buscando su número. Alberto guarda todo en la computadora, y yo soy de una generación que ya no logrará adaptarse a la informática.

—No se preocupe, yo lo llamaba porque mi marido fue anoche con Alberto al parque Pereyra Iraola y todavía no volvió.

—Me lo temía. Por eso mismo estaba intentando llamarla. Alberto tampoco volvió y no atiende el teléfono.

—Cuando probé llamar a Alberto me atendió otra persona y, sin embargo, estoy segura de haber marcado el número correcto.

—Me preocupa mucho lo que usted me dice. Conozco los planes que tenían para anoche y, aunque Alberto tiene mucha experiencia, la operación no carecía de cierto riesgo. La única instrucción que Alberto me había dejado era que no volviera, era que tenía que ir a buscar su auto a un barrio privado en Hudson, y eso hice, traje el auto pensando que él volvería con su marido. ¿Probó llamar a la chica, a Sara?

—Sí, acabo de encontrar su número en la computadora de mi marido y tampoco contesta.

—Esto no tiene buena pinta. Habiendo pasado ya doce horas habría que hacer la denuncia.

—Ya hice la denuncia. Me pidieron que si me contactaba con alguno de los familiares de las personas que estaban con Juan, les dijera que fueran a hacer la denuncia también.

—Alberto no tiene familia aquí en Buenos Aires, así que tendré que ir yo. Mire, creo que hay más cosas que usted debería saber. ¿Podríamos encontrarnos a hablar en persona?

—Sí, por supuesto.

—Bien. Ahora iré a hacer la denuncia. ¿Quiere pasar por el estudio más tarde, a eso de las cinco?

—Sí, me parece bien.

—De acuerdo, entonces le paso la dirección. Es en el barrio de Barracas. Calle Gonçalves Días número ochocientos treinta y tres.

—Lo tengo.

—La espero, entonces.

—Hasta luego.

El tiempo de espera hasta la hora de ir al estudio de Rodolfo se le hizo interminable. Sobre las tres de la tarde sonó el teléfono y corrió a atenderlo. Llamaban de la comisaría para decirle que habían terminado un primer rastillaje en detrás de la escuela de policía sin haber encontrado nada. Le aseguraron que al día siguiente harían otro rastillaje más completo con perros y que también buscarían en el resto del parque Pereyra Iraola. Laura les pasó el número del documento de identidad de Eduardo y el apellido de Sara. Con respecto a este último dato, el policía le informó que ya tenía los datos de Sara, porque hacía un rato había venido un familiar de ella y otro de Alberto Reynini a hacer la denuncia.

Llegaron al estudio de Rodolfo Constantini con veinte minutos de antelación a la hora acordada. Al tocar el timbre, les abrió la puerta un señor que llevaba puestos unos lentes con mucho aumento.

—Supongo que usted es Laura —dijo.

—Y usted, Rodolfo.

—Un gusto conocerla.

—El gusto es mío. Ella es mi amiga Bárbara.

—Pasen, por favor.

Entraron a una sala cuyas paredes estaban cubiertas con estanterías llenas de libros. Junto al escritorio, estaba una chica de algo menos de treinta años de edad, rubia, alta y delgada. Era bonita, pero su belleza estaba empañada por un evidente gesto de angustia.

—La señorita es Sonia —dijo Rodolfo—, una amiga de Sara.

Rodolfo separó dos sillas de la mesa.

—Por favor, tomen asiento. Dada la urgencia de la situación, voy a ir al grano.

—Lo escuchamos —dijo Laura.

—No sé hasta qué punto ustedes están enteradas de la investigación que está llevando a cabo Alberto.

—Estuve presente cuando Alberto nos leyó el diario de Juan Pereyra. También lo nombró a usted y nos relató cómo encontró el diario en el casco de la estancia Santa Rosa, la antigua casona de Martín Pereyra Iraola.

—Que usted conozca todo eso me produce un gran alivio, porque me ahorra al menos un día de explicaciones y la humillación de que me crean un viejo loco. Entonces les voy a exponer la situación en toda su crudeza. El hecho de que hayan desaparecido los cuatro al mismo tiempo me parece de extrema gravedad, porque si hubieran tenido algún percance o accidente no podría haberle ocurrido a los cuatro juntos, más aún, teniendo en cuenta que según el plan de Alberto irían separados de



dos en dos. Este asunto tiene una sola respuesta: los tienen retenidos en contra de su voluntad.

—Es lo que me temía —dijo Laura.

—¡Pero, por favor! —dijo Sonia—. ¿Cómo es posible que los tengan secuestrados? ¿En qué estaban metidos? ¿Cómo se involucró Sara con ellos?

—Es una larga historia —dijo Laura—. Yo ya tuve que contarla hoy y no tengo ánimo de repetirla.

—Además, no podemos perder el tiempo —dijo Rodolfo y miró a Sonia—. Si querés ayudar a Sara vas a tener que ser paciente e irte enterando de a poco. No hay tiempo ahora para hacer un relato completo.

—Pero es que lo poco que usted me contó suena muy descabellado —dijo Sonia.

—Será descabellado —dijo Laura—, pero es cierto

Sonia miró a Laura y a Bárbara sin mucho convencimiento. Se volvió hacia Rodolfo.

—Bueno, siga entonces. ¿Qué tendríamos que hacer?

—Como se imaginarán, no podemos depender de la policía. Ellos mismos custodian las instalaciones que hay debajo del Árbol de cristal, por lo menos en el perímetro externo, así que no podemos pretender que nos ayuden.

—Eso es lo que más me desespera —dijo Laura—. ¿Qué podemos hacer entonces?

—Por la parte legal, ir a buscar al fiscal de turno y explicarle la situación. Tengo referencias del fiscal Suárez, de Quilmes, que es quién tiene jurisdicción. Sé que es un hombre recto que no se implicaría en asuntos raros y tiene chapa para meterse en dónde sea, sólo tenemos que rezar para que nos tome en serio.

—Entonces tenemos que esperar hasta el lunes a que abra el juzgado —dijo Laura.

—No, no es necesario. Tengo el teléfono del fiscal y, con su consentimiento, puedo llamarlo ahora mismo.

—Hágalo, entonces.

Laura, Bárbara y Sonia se pasaron veinte minutos mirando a Rodolfo mientras hablaba con el fiscal, tratando de deducir por sus gestos la parte de la conversación que no oían. Cuando Rodolfo colgó el teléfono, las tres lo miraban expectantes.

—Me prometió investigar a fondo. Me dijo que él mismo se va a acercar mañana al parque y que va a monitorear el rastrillaje en persona. Les puedo asegurar que cuando Suárez se compromete a algo lo cumple.

—Esperemos que pueda hacer algo —dijo Laura.

—Por favor, que así sea —dijo Sonia—. Ahora, si me disculpan, tengo que volver con mi familia. Cualquier novedad que tengan, por favor, avísenme.

—Así lo haremos —dijo Rodolfo.

Laura se levantó de la silla y puso una mano en el hombro de Bárbara.

—Nosotras también nos vamos —dijo.

Cuarenta minutos después estaban en Quilmes de nuevo. Mientras estacionaba el auto, Laura vio abrirse la puerta de su casa. Sofía y Santiago, que hasta ese entonces habían estado con el marido de Bárbara, salieron a recibirla. Bajó del auto y se fundió en un triple abrazo con sus hijos.

*Lunes 5 de diciembre, 9:17*

Cuando Laura miró por la ventana y vio frente a la puerta a un tipo vestido de traje acompañado por un policía, temió lo peor. Las manos le temblaban y no fue capaz de embocar la llave en la cerradura.

Bárbara tomó las llaves de las manos de Laura y abrió la puerta.

—¿La esposa de Juan Fernández? —preguntó el hombre.

—Es ella —dijo Bárbara abriendo la puerta del todo.

—Soy el fiscal Luis Suárez. Necesito hablar un momento con usted.

—Pase por favor.

Laura vio que el fiscal traía una bolsa de plástico transparente en la mano. Suárez le dio la bolsita. Dentro había dos celulares.

—¿Reconoce alguno? —preguntó.

—Reconozco los dos. —Laura tanteó un teléfono de color negro a través del plástico—. Este es el de mi marido. —Tocó el otro teléfono—. Y este es el de Eduardo Spinetti.

—Los encontraron en una estación de servicio en la localidad de Gutiérrez, en el cruce del Camino Centenario con la autopista.

Laura observó con más atención los celulares. El de Eduardo estaba todo raspado, como si lo hubieran tirado desde un auto, y el de Juan tenía la pantalla partida.

—Le voy a ser sincero —dijo Suárez—. Cuando ayer me llamó el señor Constantini y me contó una historia de túneles y conspiraciones secretas, pensé es que todo sería un verso de su marido y sus amigos para rajarse por ahí, pero ahora que encontramos los celulares en estado de deterioro y, teniendo en cuenta de que llevan más de día y medio desaparecidos, cambié de opinión. Quiero preguntarle algo en concreto.

Laura asintió, y el fiscal se tomó un momento para mirar en forma alternada a Laura y a Bárbara.

—El señor Constantini me dijo que él y su socio, que entiendo es... —miró un papel que tenía en la mano—, el señor Alberto Reynini, descubrieron una red de túneles debajo de la escuela de policía Juan Vucetich y las zonas aledañas. Y sostiene que allí abajo hay un complejo con instalaciones secretas. Le pregunto entonces. ¿Usted tiene alguna referencia en concreto de que todo eso exista?

—Juan me mostró una de las entradas a los túneles —dijo Laura—, y un contacto de ellos les dijo que también había otra entrada en el sótano de la escuela de policía.

—¿Sabe usted quién es ese contacto?

—No sé si lo comprometeré.

—Como quiera, pero ya están todos comprometidos, ustedes dos incluidas.

—Se llama Patricio Enríquez y trabaja en el Instituto Argentino de Radioastronomía.

—De acuerdo, lo chequearé. La cuestión es que ayer estuve en la escuela de policía y hablé con el director. El tipo me llevó a los sótanos y la verdad es que lo único que hay allí es un montón de basura, pero nada de túneles ni instalaciones secretas.

—Es obvio que si hubiera algo allí abajo no lo iba a reconocer.

Suárez miró fijo a Laura.

—¿Se da cuenta usted de que para que yo me crea esa teoría de los túneles y la conspiración voy a tener que encontrar alguna prueba en concreto? Porque lo real, es que su marido y otras tres personas desaparecieron, y no puedo permitirme perder el tiempo escarbando el suelo mientras las personas desaparecidas podrían estar en un lugar diferente.

—Tengo la prueba —dijo Laura—. Puedo llevarlo al lugar por donde entraron a los túneles Sara Valdivia y Alberto Reynini. Es un pequeño altar con una virgen no muy lejos del Árbol de cristal.

El fiscal hizo una mueca y se quedó meditando.

—Conozco ese lugar —dijo—, y no creo que allí haya nada, pero podemos ir ahora ir comprobarlo. ¿Vamos?

—Por supuesto.

Laura siguió en su auto al fiscal hasta la escuela de policía. Al bajarse los esperaba el director de la escuela de policía para acompañarlos en su recorrido.

Desde allí Laura los guió hasta el Árbol de cristal y luego hasta el Altar de la Virgen. Los hizo dar la vuelta hasta la parte trasera, y separó las enredaderas tal como le había escuchado contar a Alberto. Al mirar hacia el suelo vio los dos escalones de mármol, pero no había ninguna argolla para levantar el segundo escalón. Buscó señales de que las argollas hubieran sido quitadas, pero no encontró nada anormal. Lo miró a Suárez y señaló el segundo escalón.

—Este es el escalón que se saca —dijo.

Suárez le hizo señas a dos policías que los acompañaban para que se acercaran.

—Levanten ese escalón —dijo.

Los policías se pusieron uno a cada lado y tomaron el escalón por los extremos, pero al intentar levantarlo este no se movió. Suárez se agachó y agarró el borde del escalón por el centro.

—Los tres juntos —dijo—. ¡Ahora!

El escalón no se movió ni un milímetro. Suárez se levantó y se dio vuelta. Tomó él mismo un pico y una pala que había hecho llevar. Apoyó la pala a un costado del altar y clavó el pico en el cemento debajo del mármol. Hizo palanca pero nada sucedió. Apoyó el peso de su cuerpo en el mango del pico y el borde del escalón se partió, pero el resto del escalón parecía bien adherido al cemento que tenía debajo. Suárez perdió la paciencia y empezó a golpear el mármol con el pico sin piedad. Los pedazos empezaron a saltar por todas partes, pero debajo del mármol no había hueco sino cemento sólido. Laura empezó a pensar que quizás se hubiera equivocado, que no sería ese escalón sino el otro. Entonces vio que Bárbara levantaba la mano y señalaba un montón de tierra que había unos metros hacia la izquierda.

—Estos son restos de cemento —dijo Bárbara—. Alguien estuvo trabajando acá hace poco.

Suárez lanzó el pico a un lado y se acercó al lugar que Bárbara señalaba.

—Es cierto —dijo—. Y también hay arena, pero no me consta que sea reciente.

El director de la escuela de policía se acercó a Suárez.

—Sí, claro —dijo—. Entonces será que alguien vino y tapó la entrada secreta. Ustedes me hacen reír con sus ideas. Yo recorro este bosque desde hace veinticinco años y les puedo asegurar que aquí no hay nada, pero mejor comprobémoslo. — Caminó hasta dónde estaba el pico y lo levantó del suelo. Volvió hasta el altar y metió el pico por debajo del escalón de mármol y lo arrancó. Luego hizo lo mismo con el escalón restante. También había cemento allí. Luego comenzó a golpear el concreto abriendo de a poco un pequeño hueco.

—Seguí vos —le dijo a uno a uno de los policías y le entregó el pico.

Poco a poco comenzaron a emerger hierros entre el cemento, lo que daba cuenta de que se trataba de cimientos de hormigón. Al final, debajo del hormigón empezó a aparecer tierra negra.

Todos se acercaron y miraron. Allí debajo no había nada. Sólo humus.

Suárez miró a Laura.

—Señora, le prometo que encontraré a su marido y a sus amigos, pero le puedo garantizar que aquí debajo no hay ningún túnel ni nada por el estilo. La acompaño a su casa.

Laura se sintió devastada. Resultaba obvio que el director de la escuela estaba montando un show para burlar a Suárez. ¿Pero qué podía hacer? Tenía razón Barbi: allí habían hecho una reforma para tapar la entrada al túnel. El problema ahora era mayor, porque había quedado desacreditada ante el fiscal. Los caminos se cerraban y no le quedaba otra alternativa que buscar por su cuenta.

Pero no tenía ni idea cómo.

*Jueves 8 de diciembre, 9:22*

La desesperación de Laura iba en aumento. No podía dormir y era incapaz de quedarse un momento quieta. Habían pasado tres largos días sin ninguna noticia de Juan y lo que había ocurrido el lunes en la escuela de policía la había llenado de bronca e impotencia.

Después de dejar los chicos en la escuela, llamó a Bárbara. Quería volver al parque Pereyra. No creía que sirviera de mucho, pero por lo menos, cuando iba allí, tenía la sensación de estar más cerca de Juan.

Bárbara estuvo dispuesta a ayudarla y pocos minutos después volvían a estar camino del parque. Habían llevado el mapa de Eduardo, y trataron de hacer el mismo itinerario que Juan y Eduardo tenían planeado recorrer el día de la desaparición. Fueron encontrando los respiraderos uno a uno, pero no notaron nada fuera de lo normal. No había ruidos que salieran de ellos y tampoco salía aire caliente, como le había contado Juan. Después de un par de horas de deambular por el bosque, llegaron otra vez hasta el Altar de la Virgen, dónde se encontraron con un policía que las miró con mala cara. La intención de Laura era volver a inspeccionar la parte posterior del altar, pero no se atrevió a hacerlo en presencia del policía. En el camino de regreso, pararon a comer algo en la estación de servicio en dónde habían aparecido los celulares. Laura eligió una mesa junto a una ventana. Desde allí se podía observar el cruce del Camino Centenario con la ruta dos y el portal con aires de castillo que marcaba el comienzo del parque.

—Me cuesta creer que debajo del bosque esté lleno de túneles —dijo Bárbara.

—Lo está, podés estar segura. Y no tengas dudas de que si en pocos días el fiscal no hace nada al respecto, yo misma voy a entrar a buscar a Juan.

Bárbara la miró a los ojos.

—Y no tengas dudas de que si vos entrás yo entro con vos —dijo.

—Gracias, pero espero que no sea necesario.

Laura comió un sándwich con desgano mientras observaba los autos que iban y venían.

—Estaba pensando que antes de volver, podríamos recorrer la zona de quintas que está entre el Camino General Belgrano y la ruta dos. Suárez dice que no recorrieron esa zona porque está en sentido opuesto a dónde se supone que debería haber ido Juan.

—Bueno, dale, todavía tenemos toda la tarde por delante.

Al salir de la estación de servicio, tomaron un camino asfaltado que se internaba entre las quintas. Lo primero que les llamo la atención fue que las parcelas cultivadas siempre estaban rodeadas por franjas de bosque. Estas franjas, que solían tener entre cincuenta y cien metros de ancho, y una longitud de varios kilómetros, eran el único vestigio de que ese lugar había formado parte del parque de la antigua estancia Santa Rosa.

Atravesaron cuatro o cinco parcelas y otras tantas franjas de bosque. Cuando estaban a punto de salir de una franja de bosque especialmente ancha, Laura divisó un auto incendiado entre los árboles. Frenó y bajaron del auto a inspeccionarlo. El incendio parecía antiguo y el auto estaba oxidado y deteriorado. Al dar la vuelta por detrás del vehículo, comprobó que era un auto de tres volúmenes, con baúl, que no coincidía con las características del Fiat Palio de Eduardo. Continuaron recorriendo la zona, prestando más atención en las franjas de bosque. En menos de una hora descubrieron cerca de una docena de autos abandonados, la mayoría incendiados como el primero. Se detuvieron a mirarlos a todos, pero ninguno de ellos resultó ser un Fiat Palio.

—Parece que este es el lugar en donde los chorizos descartan lo que no les interesa —dijo Bárbara mientras separaba las ramas para acercarse a los restos de un auto que resultó ser un Mitsubishi Lancer de los años noventa.



Antes de reemprender la marcha, a Laura le pareció ver otro coche dentro de un bosquecito a pocos metros del camino. Puso la marcha atrás y retrocedió. Efectivamente, había un coche incendiado, y con la particularidad de que varios de los árboles cercanos evidenciaban que el incendio era reciente. Se percibía un fuerte olor a plástico quemado. Mientras caminaban hacia el auto, Laura se paró en seco.

—¿Qué pasa? —dijo Bárbara.

—Es un Palio.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Igual no te emociones, Palios hay muchos.

Laura espío el interior del vehículo con temor de lo que podía encontrar allí dentro.

No había nada. Sólo el armazón de hierro de los asientos.

Buscó con la mirada cualquier objeto que pudiera resultarle familiar, pero todo estaba irreconocible. Al alejarse un poco, notó que la parte delantera del auto estaba incrustada entre unos arbustos y parecía estar menos quemada que el resto. Fue hasta allí apartando las ramas y encontró lo que buscaba: pintura roja.

Continuó dando la vuelta alrededor de auto y cuando llegó a la parte derecha vio algo que la espantó. El auto tenía un fuerte golpe por este lado. La puerta delantera derecha estaba hundida por completo.

Si Juan hubiera estado allí...

Sintió que se le revolvió el estómago y se alejó tropezando con las ramas. Cuando llegó al camino sacó su teléfono.

—¿Señor Suárez?

...

—Encontré el auto de Eduardo Spinetti.

*Viernes 9 de diciembre, 11:35*

La desazón de Alberto rayaba en la impotencia. Había pasado mucho tiempo, calculaba que más de una semana, y no encontraba la forma de escapar. El lugar donde lo tenían encerrado no tenía otra salida que no fuera la puerta por donde lo habían metido, y el hecho de no saber que había sido de Sara lo volvía loco. Por añadidura, el asunto de no poder medir el paso del tiempo lo desquiciaba por completo.

Al principio, había pensado que lo dejarían morir de sed o de hambre, pero al final le habían traído de comer y de beber. Había notado que cada cierto tiempo se producía un temblor o vibración que se prolongaba durante un par de minutos. Aparecía de a poco, aumentando de intensidad y desaparecía también de forma paulatina. El temblor se repetía a intervalos en apariencia regulares que calculaba de media hora. Después de repetirse muchas veces, los temblores cesaban por completo por un espacio mucho más largo. Quizás de cinco o seis horas. Le era imposible precisarlo más en las condiciones en que se encontraba. Supuso, con pesar, que estos temblores se producían cuando se encendía la procesadora de resina. Estaba claro que Green la tenía funcionando aunque desconocía el por qué de los intervalos en su funcionamiento.

Estaba comenzando uno de los temblores cuando oyó golpes en la puerta. La puerta se abrió y la luz lo cegó por un instante, aunque alcanzó a ver que entraban dos personas. Lo levantaron, le pusieron las manos en la espalda y se las ataron con precintos. Lo sacaron a la luz cegadora del pasillo para llevarlo hasta una oficina. De un empujón lo sentaron en una silla.

Entonces apareció el jefe de la tribu, porque eso era lo que parecía. Un tipo de no más de un metro sesenta, corpulento. Lucía un peinado estilo punk con

mechones teñidos de rojo. Alberto no terminó de decidir si se parecía más a un pajarraco o a un indio mohicano. Tenía unos enormes ojos de un fantasioso color azul que revelaban el uso de lentes de contacto. Vestía jeans con agujeros y una remera de los Ramones.

El tipo levantó una hoja de papel que tenía en las manos.

—Buenos tardes, señor Reynini.

—Buenas serán para usted. Quiero saber si la chica también está siendo retenida.

—¿Quién? Ah, sí, Sara querrá decir... Sarita... ella está, digamos... disfrutando.

Green soltó una corta pero sonora carcajada.

Alberto decidió no decir más nada.

—Vayamos al grano —dijo Green—. Si me responde lo que yo quiero saber, y no tenga dudas de que sabré si me dice la verdad, lo dejaré salir a usted y a su amiguita. Usted, sano, y su amiguita... bueno... un poco... ¿tocada, podríamos decir?

Green soltó otra carcajada y codeó al guardia que estaba a su lado, ante lo cual el guardia fingió una comprometida sonrisa que más parecía una mueca de asco.

Green se puso serio.

—Recuerde lo que le acabo de decir. ¿Para quién trabaja, Reynini?

—Para mí mismo, idiota.

Green lanzó una patada y le dio a Alberto en el tobillo.

—¿Hace falta que repita la pregunta?

—Para la «KGB»

Esta vez la patada le dio en los testículos y Alberto se retorció. Cuando se pudo reincorporar, Green lo seguía mirando fijo.

—¿Quiere volver ya a su celda Reynini?

Alberto pensó que tenía que darle charla para obtener de él alguna información y decidió dejar de ofuscarlo y seguirle la corriente.

—Yo fui piloto de la fuerza aérea... —dijo.

—Eso ya lo sé —interrumpió Green—. Cuénteme algo que no sepa.

—De acuerdo. En mil novecientos ochenta y dos, perseguí a un «OVNI» con un Mirage y ese «OVNI» aterrizó en este bosque. En ese momento, el Árbol que tenemos sobre nuestras cabezas brilló como si fuera de fuego blanco.

Green fue abriendo la boca hasta quedarle en una mueca exagerada, por un momento se puso muy pálido, y luego fue recobrando el color de a poco.

Alberto no se esperaba que sus palabras produjeran semejante efecto.

—¿Mil novecientos ochenta y dos, dijo? —preguntó Green.

—Sí

—¿Y dónde estaba yo entonces?

—Yo qué sé.

Alberto temió recibir otra patada por contestar a esa evidente pregunta retórica, pero Green estaba distinto, se comportaba como si le hubieran dado una patada a él mismo.

—¿Y después, qué hizo usted? —preguntó.

—Nada. Por causa de perseguir al «OVNI» sin autorización me echaron de la fuerza. Para ellos no hubo ningún «OVNI», a pesar de que habían aparecido en el radar.

—¿Por qué dijo «habían» si estamos hablando de uno?

—Porque en el radar detectó dos objetos. Yo en un momento los vi pasar a los dos juntos por debajo de mi avión.

—Ajá.

Green se quedó en silencio y se sentó.

—¿A qué habrán venido esos hijos de puta? —murmuró para sí mismo.

—¿Cómo? —preguntó Alberto.

Green no contestó y continuó en silencio.

—Bien —dijo después de un rato—. Entonces usted se dedicó a explorar en el bosque.

—Así es.

—¿Nadie lo ayudaba?

—Nadie me creía.

—¿Y quién es la chica?

—Una turista que paseaba por el bosque y que se interesó en el tema.

Green intentó darle otra patada en los huevos, pero en esta oportunidad Alberto fue rápido de reflejos y logró esquivarlo.

—No creo que eso sea del todo verdad —sostuvo Green—. Tendré que preguntarle a ella.

Sonrió y miró al guardia.

—Llévalo a su hogar —dijo.

El guardia comenzó a arrastrarlo.

—¡Hey! —gritó—. Prometió que si le decía la verdad nos iba a soltar.

—Sí, y no mentí, pero los voy a soltar cuando me dé la gana. Tengo que terminar algo antes. Intuyo que si los suelto ahora van a volver a darme problemas.

El guardia lo soltó y lo dejó caminar sólo. Alberto pensó en salir corriendo, pero con los brazos atados a la espalda no serviría para nada. Llegaron a la puerta del depósito en dónde lo tenían encerrado. La puerta estaba abierta. Antes de entrar trató de mirar si cerca de allí había alguna otra puerta en dónde pudieran tener encerrada a Sara. Entonces el guardia cortó los precintos y, antes de que él pudiera reaccionar, lo empujó adentro y cerró la puerta. Oyó cerrar los dos grandes pasadores que había visto desde afuera y que le confirmaban que era imposible abrir esa puerta desde adentro. Lo único positivo que había obtenido en su periplo fuera de su celda, era que había visto la fecha y la hora en la pantalla de la computadora de la oficina de Green. Sus cálculos no estaban muy errados. Era el mediodía del viernes 9 de diciembre.